

1823.
Enero.

la España como merecían, retiraron sus embajadores. Por mas que los liberales franceses clamaron contra la afrenta de hacerse ejecutores de decretos liberticidas, Chateaubriand vió aquí una hermosa ocasion para dar á la bandera blanca aquel láuro militar que le faltaba, y así Luis XVIII al abrir las cámaras dijo en su discurso: « Cien mil Franceses mandados por un príncipe, á quien mi corazon se complace en llamar hijo, están dispuestos á marchar invocando el Dios de San Luis para conservar el trono de España á un nieto de Henrique IV, libertar á ese hermoso país de la anarquía, reconciliarlo con la Europa.... y dejar á Fernando libre para dar á sus pueblos las instituciones que solo de su mano pueden tener. »

El dogma de la intervencion no podia ser aprobado por el gabinete inglés ni por las cámaras, que protestaron vigorosamente; pero no pareció que debia impedirse á mano armada la invasion francesa, por mas que la oposicion, partidaria de los grandes proyectos contra la tiranía del Norte, insistió en que se adoptáran medidas mas conformes con la dignidad de la nacion. El duque de Angulema entró en España proclamando la libertad del rey, y en breve se unieron á su bandera todos los descontentos, frailes, curas y plebe. Los que intrépidamente habian lanzado á los Franceses de la sagrada España, entónces invocaban su auxilio: tan poco habia penetrado en el país el nuevo orden de cosas; tan poco popular habia sido aquella metafísica de unos hombres que no habian sabido respetar lo pasado ni sublimarse hasta el pueblo. Por otro lado los liberales representaban á los ojos de la multitud el papel que los Franceses en 1810, amenazando á la religion y al rey. Así fué que Angulema entró sin resistencia en Madrid y el gobierno español se trasladó á Cádiz con el rey. Entónces comenzó la reaccion: la regencia declaró traidor aquel gobierno, llenó de víctimas las cárceles, restableció los antiguos abusos, y dió estímulo á la venganza.

Habiendo abandonado los jefes militares el campo sin resistencia, porque el pueblo no los auxiliaba, luego que Ballesteros y Morillo depusieron las armas, marchó Riego á tomar el mando del ejército de Cataluña, único que se resistia; allí impuso una contribucion de guerra y aplicó á las necesidades de esta los vasos sagrados; pero aunque combatió como desesperado, habiéndosele disminuido considerablemente sus tropas, hubo de apelar á la fuga. Cádiz, protegida por quince mil hombres y dos mil cañones cayó en poder del enemigo. El rey (octubre de 1823), libre de las trabas que le imponian las leyes que habia jurado, declaró nulo cuánto se habia hecho en la época constitucional; no quiso dar oídos ni á los Franceses que lo aconsejaban el perdón, ni á los representantes de las demas potencias que lo invitaban á dar buenas instituciones; nombráronse comisiones militares en todas partes, y ni el sexo ni

23 de
abril.Octu-
bre.

la edad fueron admitidos como excusa. Muchos de los comprometidos pudieron escapar, pero Riego, capturado en la fuga, fué llevado á la horca sobre un asno; y cincuenta y dos compañeros de Torrijos cogidos á traicion en 1830 fueron fusilados en un mismo sitio.

Los liberales europeos, estólidamente acotumbrados á mirar á Francia como protectora de las ideas avanzadas, no sabian volver de su sorpresa al verla hacerse ejecutora de decretos despóticos, restaurar á un rey absoluto y asistir al fusilamiento de los patriotas. Por el contrario los realistas ostentaban con maravilla aquellos cien mil hombres que habian atravesado impunemente la España, escollo de Napoleon, para ir al extremo de una isla inexpugnable á libertar al rey, y que al cabo de un mes volvian sin traer entre las manos otra cosa mas que las mismas armas que habian llevado. El sombrero y la espada benditos que habian honrado las victorias turcas de Don Juan de Austria, de Sobieski y de Eugenio de Saboya fueron enviados por el papa al héroe de este triunfo; triunfo sin gloria ninguna y que no fué agradecido ni aun por los mismos en cuyo favor se habia alcanzado. Carlos Alberto de Carignan, combatiendo en el Trocadero, se lavó ante los reyes la mancha de haberse dejado saludar rey de Italia (1).

El Portugal corria siempre la suerte del país vecino. El pueblo no estaba educado para las nuevas formas constitucionales, segun las cuales todos los ciudadanos mayores de veinticinco años tenian derecho electoral. En medio de los ímpetus de la libertad habia pretendido someter de nuevo al Brasil al sistema colonial; pero los Brasileños respondieron proclamando á Don Pedro emperador, de donde se originó una guerra muy favorable á los proyectos de la Santa Alianza.

La reina estaba en Lisboa á la cabeza del partido absolutista, y en favor de este se sublevó el conde de Amarante, que unido á los Franceses de España y á Don Miguel, hijo segundo del rey, proclamó el gobierno absoluto (2).

(1) No deja de ser una cosa rara la medalla acuñada entónces. Lleva el retrato de Carlos Alberto, y la leyenda: « Toma del Trocadero, 31 de agosto de 1823. » Tiene 41 milímetros de diámetro. Los regimientos de la guardia real ofrecieron al príncipe de Carignan las charreteras de granadero.

(2) En el decreto de 4 de junio de 1824, Juan VI manifestaba la excelencia de la antigua constitucion: « Sepan cuantos las presentes vieren como despues de maduro exámen sobre los principios de la antigua constitucion portuguesa, en la cual se encuentran aquella admirable armonía y aquella prudente combinacion cuya incalculable utilidad para la nacion portuguesa ha demostrado la experiencia de tantos siglos, utilidad tal que ninguna mayor, ni aun igual, podría esperarse de nuevas y diferentes instituciones; considerando segun los mas sabios políticos « no puede ser ventajosa para una nacion una forma de gobierno que no está perfectamente conforme con su índole, con su educacion y con sus antiguas costumbres, y que las tentativas hechas para reducir á un tipo general los usos particulares de las naciones son peligrosas y casi siempre impracticables; hemos pensado que no conviene demoler el noble edificio de nuestra antigua constitucion politica, compuesta de leyes sábias, escritas ó tradicionales... y tanto menos cuanto que la antigua constitucion portuguesa contiene en

Así en todas partes era vencido el partido liberal; pero no caía con él la libertad, ese Judío errante que camina siempre y no llega jamas, pero que nunca desespéra.

CAPÍTULO XX

Turquía y Grecia.

Con estas revoluciones se quiso confundir la de Grecia, excitada por sentimientos y necesidades de muy distinto género.

Hemos dicho repetidas veces que consideramos al imperio turco como fuera del derecho comun, como semejante á una horda armada que ha plantado sus tiendas en los países mas hermosos de Europa y Asia, y mantiene en la prolongada miseria de la ignorancia y de la barbarie á las naciones verdaderas; naciones cuya voz debe ser escuchada mucho mas que el ruido aterrador de los tambores del ladron otomano. Todo aquello que nosotros miramos como barbarie, de lo cual nos gloriamos de vernos exentos, subsiste en Turquía. Las propiedades no son seguras, siendo único amo el sultan, al cual pasa una parte de ellas cuando el muerto tiene herederos y el todo cuando no los tiene; los empleos son conferidos á quien los paga; se compran y se venden los testigos; se roban las mujeres para poblar los serrallos y los hijos para hacerles eunucos, ó prostituirlos. Los Turcos no estando adheridos al suelo ni habiéndose elevado jamas á la dignidad de nacion, exigen un tributo del país, donde la organizacion municipal que ha sobrevivido á la conquista conserva inalterables el deseo y la necesidad de independencia, y no se mantienen en el territorio sino porque su poder central es superior á las leyes anárquicas de los oprimidos y de los insurgentes, á quienes las pasiones tambien dividen y debilitan. En las sociedades cristianas todo conspira á la igualdad política y á desarrollar las facultades individuales para el bienestar general, asegurado por la armonía del derecho y de la obligacion. Los grandes Estados europeos no son puestos en peligro por las culpas de sus jefes, y si la fuerza ciega pudo mudar gobiernos y fronteras, permanece invicta la fraternidad nacional para dirigirse al cumplimiento de su destino. En la Turquía Europea por el contrario, diez y seis millones de súbditos están aglomerados al rededor de un puñado de Turcos (1), rivales entre sí y enemigos por religion é intereses. Todos los musulmanes tienen

» si todos los elementos necesarios para garantizar la religion, la majestad del trono, la seguridad de los derechos individuales de todos los súbditos, y el buen orden de la administracion pública.

(1) En 1841 se suponian 30.760,000 habitantes en el imperio turco, de los cuales eran 11.900,000 Cristianos ó Judíos; quedaban, pues, 18.860,000 Turcos, repartidos en 2.340,000 millas cuadradas, habiendo país en que en una milla cuadrada apenas hay 76.

Peró estos cálculos son arbitrarios y puede decirse que en Europa el imperio tiene de 15 á 16.000,000 de habitantes, de los cuales un millon son Turcos y millon y medio Búlgaros, Albaneses, Bosnios renegados, y el resto se compone de

igual derecho al gobierno, á las dignidades, á las funciones del templo, de la justicia ó de la administracion: ninguna distincion hay en la raza conquistadora, sino el turbante verde para los descendientes del profeta, nada es por lo demas hereditario. Cuando ascienden desde la mas ínfima condicion á los mas altos puestos, conservan el título de su primera fortuna.

Los descendientes de los vencidos son súbditos clientes, trabajadores, pero tienen libre su cuerpo, su conciencia, su administracion, mediante la capitacion, así como sus bienes mediante el tributo territorial. Si el raya se convierte es exceptuado por el asentador, pero no sale de la condicion de vencido, á ménos que el emperador lo haga por especial decreto ó eleve al convertido á los primeros empleos. Pueden por tanto darse en un Estado así constituido momentos espléndidos, cuando un Mahomet II ó un Soliman se ponen á la cabeza de aquellas hordas, concitando su brutal instinto de saqueo; pero que se fundan con los conquistados en aquella union de la cual proviene únicamente la fuerza, esto no debe esperarse nunca.

La imprevisión es el carácter de los pueblos esclavos, que no pueden examinar las necesidades propias, exponerlas y buscar remedio á ellas; allí no pueden hacerse demostraciones sino por las bayonetas de los genizaros. El pueblo, sacrificado por el señor, sacrifica á su vez al verdugo; pero satisfecho con esta instantánea venganza no provee á la seguridad de su porvenir, al mejoramiento de la posteridad. La administracion interior es sencilla porque es despótica. Hoy mozo de cuerda, mañana visir si al señor le place; y cuando es visir puede recibir la orden de ahorcarse por los lamentos de un mendigo injuriado. De aquí se sigue una terrible igualdad entre los creyentes: todos pueden presentarse á un bajá á cualquier hora del dia, sentarse en el mismo divan, exponerle sus quejas y obtener justicia, sin formalidades, en traje de casa. Pocos saben leer y escribir: el sultan firma con la mano mojada en el tinte-ro, el bajá con el sello. Por consiguiente sin los eternos trámites de los actos judiciales se despacharian los negocios rapidísimamente, si mediante un precio no pudieran ser alargados. Las decisiones suelen ser justas, de buen sentido y patriarcales: pronunciadas se queman los pocos documentos que se han necesitado, y la causa queda irremediamente terminada.

Ese gran señor á quien se supone despota en un imperio grandísimo, no lo es mas que en su capital, porque en ella tiene muchas tropas y artillería. Fuera de allí se presenta la imagen viva del feudalismo. Los bajáes equivalen á los barones, á excepcion de la herencia; las aldeas corresponden á las municipalidades, con rentas

Servios, Moldavos, Valacos, Helenos, Albaneses y Búlgaros cristianos.

Poco quitáremos á la severidad de semejantes juicios, mayormente despues de las constituciones y convenios celebrados últimamente, y despues del irracional entusiasmo que por la Turquía manifestó Europa en 1854.

propias; la administracion civil y militar pertenece al bajá, la de justicia al cadí, las cosas religiosas al muftí: separaciones innecesarias en que todo lo puede la arbitrariedad. Los empleos se ponen casi todos en venta anualmente y el que los compra procura reembolsarse con la venalidad. Las autoridades municipales reparten los cargos entre las familias, y sus relaciones con el centro son rarísimas. En Constantinopla no escribe la gente no literata: si el gran señor quiere enviar una órden, despacha como propio á un Tártaro.

Á ojos vistas va disminuyendo la poblacion y vastísimos desiertos se interponen entre las ciudades: algunos empíricos hacen de médicos, no se presta atención á la sanidad pública; no hay hospitales, ni caminos, ni puentes, ni establecimientos de instruccion: en las cárceles están hacinados juntamente el detenido y el condenado, el asesino y el deudor insolvente. Pesan sobre los ciudadanos servicios personales, alojamientos, exacciones: de manera que siendo la riqueza ocasion de gastos y peligros, procura disimularse, y no intentándose empresas que la pondrian de manifiesto, se acumula el dinero estérilmente, ya en el tesoro imperial, ya en el bolsillo privado: si se manifiesta, cae sobre el rico una grave contribucion, y mientras la paga, los soldados penetran como señores en su casa: cuando los impuestos pesan demasiado, la poblacion entera emigra.

Las contribuciones no pesan tanto por su exorbitancia como por estar mal repartidas y por la violencia con que las cobran los asentistas, que á su vez las subarriendan con una larga cadena de concusiones. El gobierno no conoce sus rentas, ni tiene otro expediente en sus apuros que el de alterar la moneda. Gran parte de las tierras pertenecen á las mezquitas, y están tan respetadas que nadie se atreveria á poner mano en ellas ni aun en la mayor necesidad. En las demas tierras levantan impuestos los bajás sin que les quede á los pueblos medios de justificar lo que han pagado, por cuya causa se ven gravados los propietarios, sin que resulte provecho al Erario.

Todo esto recae sobre los musulmanes; pero esta misma igualdad les inspira un orgulloso desprecio hácia los Cristianos, que están excluidos de ella; y el que atravesando las calles de Constantinopla oye hasta á los señores que le dicen: «La peste te mate; los pájaros te ensucien la despoblada barba,» puede colegir de aquí cuál debe ser la condicion de los vencidos. La línea de division entre los dos pueblos se conserva hoy tan marcada como el día de la conquista; viven juntos sin mezclarse, sin saludarse; el imperio no pide soldados á los Cristianos ni aun en las mayores urgencias; no les ha obligado á hablar la lengua turca, pero no ha aprendido la suya; y así los gobernadores no entienden á los gobernados, y les hablan por medio de intérpretes, que por lo comun son renegados, y por tanto merecedores de crédito

escaso. Este es otro punto de semejanza con el sistema de nuestros conquistadores de la edad média. Cristianos y Turcos están en la misma situacion entre sí que los siervos respecto del amo; la justicia es diversa para los unos que para los otros; el delito que lleva al Cristiano al patíbulo es castigado en el musulman con una multa; los Cristianos solos pagan la contribucion personal; el Turco desprecia al Cristiano como el plantador de América á su esclavo; se cree con derecho para exigirle servicios y usar de su casa, de su caballo y sus muebles; y á veces el bajá lo manda á trabajar á grandes distancias sin proveer siquiera á su alimento.

Cuando una aldea contiene suficiente número de Cristianos, se les permite elegir un jefe (*kodia basci*) que los representa cerca de la autoridad musulmana, reparte los impuestos, comunica las órdenes del bajá y le hace presente las reclamaciones de los rayas.

Fundirse los Cristianos con los Turcos es tan imposible como unir la poligamia con el matrimonio, la libertad con la esclavitud, el Evangelio con el Coran. Si ahora vemos prevalecer los Cristianos en Grecia, en Argel, en Moldavia, en la Servia, esto proviene de haber abandonado el país los Turcos, quedando en él muy pocos en clase de prisioneros. Pero desgraciadamente tampoco los Cristianos tienen elementos de cohesion entre sí ni con el resto de Europa, porque carecen de nacionalidad y de patria, de origen é idioma comunes, de intereses generales fuera de los de la religion; así cuando se sublevaron, enarbolaron la cruz. Les es comun la antigua patria; pero entre una y otra hay inmensas distancias y ninguna comunicacion. La mayor parte son cismáticos, y por consiguiente rechazan aquella Roma que es centro de la unidad europea, y esto ha facilitado el largo dominio de la raza turca. Actualmente no quedan en el Coran mas que la poligamia, la corrupcion de los empleados, la anarquía de los poderes, el terror general, la esterilidad del suelo y la degradacion de la raza turca; de modo que esta debe inevitablemente sucumbir. ¿Quién es capaz de prever la que le sucederá?

La fuerza material y el fanatismo, principales fuentes de robustez para el imperio, y que lo han sostenido hasta ahora, actualmente son los únicos elementos de que podia echar mano la generacion; pero como repugnan ya demasiado á nuestra sociedad civilizada, cada vez se manifiesta y tiene que manifestarse mas la decadencia de ese imperio. La reforma es muy difícil donde la ley es religion y donde se opone á las innovaciones el poder militar de los genizaros, asociado al poder religioso de los ulemas. Desde el siglo pasado no se reclutaba ya esta milicia entre los jóvenes robados á los Cristianos, sino solamente entre los hijos y parientes de los genizaros, lo cual daba á su cuerpo mas unidad y solidez. En campaña vivian como todo el ejército sobre el país; en tiempo de paz doce

mil recibian una escasa paga, y los demas se vestian y mantenian de su cuenta, por lo cual se veían obligados á trabajar como panaderos, zapateros ó bateleros. Esto los familiarizaba muchísimo con el vulgo y les hacia terribles en los tumultos y asonadas, que costaron la vida á cinco sultanes y el trono á muchos. Sin embargo, tambien eran tiranos del vulgo y algunas veces embargaban á todos los carpinteros y albañiles de Constantinopla para levantar un cuartel ó hacer adornar una rica tienda. Entre los privilegios que se habian abrogado tenian el de tostar y moler el café, el cual no podia ser comprado mas que en un solo sitio de toda la ciudad.

Cuando la batalla de Lepanto quitó las fuerzas al imperio, los sultanes, habiendo cesado de ser batalladores, se hicieron devotos, y entónces prevalecieron los ulemas, los cuales se concertaron con los genizaros fomentando su licencia y rapacidad, y preparando con largo artificio los golpes en que habian de figurar como instrumentos. Al comenzar el siglo actual habia solamente en Constantinopla cuatrocientas ochenta y cinco mezquitas para la oracion del viernes y cinco mil ordinarias; de aquí la caterva de ministros del culto, tenacísima para defender los usos antiguos.

El gran turco Abdul-Hamid, al morir, dejó á Selim III, hijo de Mustafá III, un reino cuya debilidad se manifestaba por las frecuentes revueltas. La promovida por Passwan-Oglu fué de las mas religiosas, pues no pudo ser reprimida por todas las fuerzas turcas, y por último su caudillo obtuvo el perdón y el bajalato de Widdin. En tiempo de aquel sultan, Ingleses, Franceses y Rusos, sucesiva ó mancomunadamente, hicieron la guerra al débil imperio, vacilante en sus amistades. Napoleon trató de despertarlo y de reanimar su espíritu guerrero (1), no cuidándose de si luego podria poner en combustion la Europa y en peligro la civilizacion, con tal que por entónces participase del odio que él tenia á sus enemigos. Pero adoptó para ellos artificios nada convenientes, como la imprenta y la narracion de sus batallas, que no produjeron mas efecto que el de asustar, y entretanto no impidió que los Rusos hiciesen la guerra á la Puerta como aliada de los Franceses, ni que llegasen como conquistadores á Ismail y obtuviesen la ventajosa paz de Jassy. Por otra parte cuando quiso alucinar á Alejandro para que no reparase en usurpaciones, convino con él secretamente en Tilsit en «librar de las vejaciones de la Puerta las provincias de Europa á excepcion de Constantinopla y de la Rometia (P).»

Esta decadencia constante demostró á Selim la necesidad de reformas, y habiendo visto que el despotismo, el silencio y los puñales no habian asegurado el poder de sus predecesores,

(1) En Santa Elena decia que habia escrito á Selim: «Sultan, sors de ton serail, mets-toi á la tête de tes troupes, et recommence les beaux jours de ta monarchie.»

pensó en reformar el ejército y la hacienda. Por tanto estableció un impuesto sobre el vino y creó una milicia nueva al lado de los genizaros, la cual dió de sí buenas muestras en el sitio de Acre. Pero los ulemas murmuraron y fueron secundados por los genizaros, los cuales irritados de que el sultan quisiera encaminar á los Turcos por la senda de la civilizacion, ó por mejor decir, reducirlos á la debilidad, volcaron sus terribles marmitas, y difundieron el incendio y el estrago por Constantinopla (1). El sultan los excomulgó y dirigió contra ellos el ejército de los cuarenta bajás; pero los genizaros vencieron y lo quitaron el trono derribando las instituciones del sultan filósofo y las cabezas de sus favoritos. Mustafá, portaestandarte (*bairakdar*), bajá de Ruschuk, acudió á Constantinopla con un ejército, y habiendo vencido á los jefes de la revolucion, quiso restablecer en el trono á Selim; pero lo encontró asesinado, y entónces hizo ceñir la cimitarra á Mahamud II, sobrino de aquel, y comenzó á gobernar con severidad y energía. Sus feroces contrarios se sublevaron entónces gritando viva Mustafá IV, pero el bairakdar lo hizo ahorcar, y pegando fuego á un almacen de pólvora, se sepultó entre las ruinas con los jefes de la revolucion (28 de julio de 1808).

Mahamud habia vivido hasta los veintidos años entregado en manos de las mujeres y de los ulemas, segun costumbre de los futuros sultanes; ni aquel á quien algunos se complacen en elogiar como reformador viajó nunca por países extranjeros ni conoció su lengua; pero Selim hallándose prisionero con él le anticipó las lecciones de la experiencia, le inspiró odio contra los genizaros y deseos de innovaciones, si bien de innovaciones á la turca. Dotado de iguales cualidades y de mayor firmeza que Selim, eligió buenos ministros, multiplicó los actos de venganza y de castigo, y se propuso eximir á la autoridad de tantas trabas.

Todo lo habia encontrado trastornado al subir al trono. La Persia, su enemiga, habia inducido á la rebelion al bajá de Bagdad; los wahabitas se habian apoderado de la Siria y de la Arabia; los ejércitos rusos ocupaban las orillas del Danu-

(1) Como se murmurase de la institucion de la nueva milicia (*Nizam y Gedid*), se publicó un escrito que se cree obra de Selim. Empezaba diciendo que «habiendo querido el Altísimo que la raza de los hombres desde Adán hasta el día del juicio estuviese condenada á padecer, la Providencia habia creado un emperador del mundo para administrar los negocios de todo el conjunto de sus servicios.» Quejábase despues de los que estaban demasiado apegados á los usos antiguos. «¿Queréis que os refiera las turbulencias acaecidas en la tierra antes que existiese el Nizam y Gedid? Observad los desastres de Armenia, obra de los Curdos Gelales, la insolencia de Fary, bey Oglu, las devastaciones de los Wahabitas, etc.: esto lo ha hecho el Nizam Gedid. Sin embargo, una canalla, hez del pueblo, reuniéndose en las barberías y en los cafés, olvida su origen, se permite injuriar á la Sublime Puerta, y no siendo visitada por el castigo se atreve á decir cuanto le acomoda. Pero acordáos del tiempo de Soliman el Canónico; entónces como hoy murmuraba el pueblo, y el emperador mandó cortar la lengua á los maldicientes y las orejas á los que los escuchaban, poniéndolos despues, para ejemplo, de rodillas en una puerta en sitio de mucho tránsito.»

bio y del Kuban : la Bosnia y Servia se habían amotinado, y Ali, bajá de Janina, favorito de Inglaterra, intentaba quitarle la Albania y las islas Jónicas. En lo interior no había ni dinero, ni soldados, ni confianza; siendo los genizaros rebeldes y los ulemas contrarios á la marcha del gobierno. Al principio la fortuna secundó los esfuerzos del sultan, el cual *recobró las llaves* de las ciudades santas de Arabia; reprimió á los sátrapas rebeldes de Widdin y de Bagdad; redujo al silencio á los Afghanes y á la disciplina á los mamelucos; infundió nueva vida al ejército; terminó con la paz de Bukarest (1812); la guerra de Moldavia hizo la paz con la Rusia, amenazada por un enemigo mas fuerte, renunciando á los distritos y ciudades de la izquierda del Pruth, y se dedicó á realizar mejoras interiores entretanto que le dejaban libre la Rusia y el Austria, ocupadas con Napoleon.

Las ideas de la Revolucion, las victorias de los Ingleses en la India, y las de los wahabitas en Arabia, habían entibiado el celo religioso. El estar sujetos á un solo tirano en vez de muchos, era ya una gran conquista para los súbditos, y así el pueblo cobró amor al sultan, á quien la popularidad dió ardimiento para atreverse á mas; y que por ser el único vástago de su estirpe y temerse que con él concluyese el califado, pudo librarse de la saña de los genizaros y de los ulemas. Auxiliábalo con sus consejos Halet Effendi, el cual habiendo sido embajador en la corte de Napoleon, había podido examinar las reformas posibles, y presentaba sus proyectos al sultan. Este depositó en él toda su confianza, y por su consejo llenó las cercanías de la capital de palos, sobre los cuales espiraron horriblemente centenares de los muchos bandoleros que las infestaban. Contra este ministro se dirigió el odio de los genizaros, y Mahamud, dando oído á sus quejas, lo desterró, concediéndole á fuerza de súplicas y lágrimas un firman que le aseguraba la vida; pero apenas se puso en marcha Halet Effendi, su amo lo mandó degollar, y la confiscacion de sus bienes produjo al Tesoro diez millones de piastras.

Egipto. Cuando los Ingleses salieron de Egipto despues de la efimera ocupacion francesa, habria debido restituirse aquel país á la Puerta; pero los mamelucos que siempre lo habían dominado, abatieron el poder desordenado de los Otomanos. Los mamelucos eran tiranos feudales, que solo obedecian en cuanto era de su voluntad al bajá que se les enviaba de Constantinopla. La Puerta, resuelta á acabar con los recalcitrantes, no solo prohibió que se llevasen jóvenes de la Circasia y de la Georgia, sino que recurrió á sus medios acostumbrados, á saber, la astucia y la traicion. El almirante turco habiendo invitado á comer á los jefes, los hizo prender y fusilar; pero el viejo Ibrahim y el joven Bardissi, sus principales cabezas, huyeron. Kosrew, nuevo bajá enviado al Cáiro, que debía sostenerse con soldados escogidos en todo el imperio, continuó la guerra de exterminio contra los mamelucos;

pero los beyes se rehicieron, animados por Mehemet Ali. Este, oscuro vendedor de tabaco de la Cavala, en Macedonia, habiendo ido al Cáiro como jefe de arnautas (1), se puso á la cabeza, ya de una faccion, ya de otra, y sin reparar en los medios se engrandeció. Era un leon que no desdenaba la piel de zorra; habiendo derrotado á Kosrew, llegó á ser gobernador; y aclamado por el pueblo, es decir, por los soldados y por los ulemas, tomó el dolman de honor y recorrió á caballo el país saludado con generales aplausos. La Puerta entónces se vió obligada á reconocer los derechos del nuevo dominio en el estado que tenían ántes de la invasion francesa, y el astuto y ambicioso Ali decía: «El Egipto está en almoneda, y será de aquel que dé mas dinero y el último sablazo.»

La Puerta debía, pues, confesarse inferior en fuerza, al paso que se veía amenazada en el otro elemento constitutivo de su existencia, es decir, en el fanatismo. Los wahabitas, secta fundada en 1730, rechazaban toda especie de tradicion, y se proponian restablecer la rigurosa observancia del islam, segun se hallaba en los primeros tiempos, extirpando los abusos, desterrando el uso de la pipa, de los vestidos de seda y la adoracion de otro ser que no fuera el solo Dios. Fuertes por las armas y por la exaltacion, al llegar á una ciudad lo primero que hacian era destruir las tumbas de los jefes tutelares y los bazares; pero lejos de establecer la unidad de dominacion conservaron la independencia de cada tribu, si bien sofocaron la guerra civil é hicieron ser administrada la justicia por medio de tribunales organizados. La Puerta, arrepentida aunque tarde de haberles dejado tomar vuelo, envió orden á Soliman, bajá de Bagdad, para que los exterminase. Á consecuencia de esta orden Ali Kiaga, general del sultan, penetró con mucha dificultad en el distrito de Lohza; y despues, tal vez sobornado, se volvió; con lo cual los wahabitas, cobrando osadía, entraron hasta en la Meca, donde reunieron un monte de pipas, algunas riquísimas, y lo pusieron fuego. Cuando Abd-el-Aziz, su jefe, fué asesinado por venganza de un Persa, Ibn Saod, que le sucedió en Dreich, sobre el Golfo Pérsico, reanimó el ardor de sus tropas y la ambicion de conquistas; despojó de sus riquezas á las caravanas de peregrinos; destruyó las mezquitas; y aunque no pudo derribar el Caaba por su mucha solidez, cegó los pozos y con esto alejó de allí á los peregrinos; sin embargo, no llevaba mas que seis mil hombres en su expedicion, con los cuales llenó de terror el Yemen, la Siria y las llanuras del otro lado del Eufrates.

Mehemet Ali, tan luego como se hizo virey de Egipto, se propuso destruir á los wahabitas; pero conoció que ántes le convenia dejar cubiertas las espaldas exterminando á toda la raza de los mamelucos. Así en la ceremonia

(1) Milicia de Schipetaris y Griegos de la Romelia.

preparada para dar solemnemente el dolman á Tuson, su hijo segundo, jefe destinado para aquella cruzada, el feroz virey mandó degollar á todos los mamelucos, y no cesó la matanza hasta que hubo cuatrocientas setenta cabezas cortadas.

Suspenda el lector su indignacion, porque hablando de Turcos debe imaginarse que lee historias de hace quinientos años.

Entónces se preparó la expedicion contra los wahabitas; pero los tres mil hombres mandados por Tuson, número que se había creído mas que suficiente para vencer á partidas errantes, fueron completamente desbaratados, y si bien Tuson rehaciéndose pudo recobrar á Medina y á la Meca y logró dominar á los fanáticos al cabo de una larga campaña y de una serie no corta de negociaciones y perfidias, no tardaron los vencidos en sublevarse de nuevo. Entónces Ibrahim, primogénito de Mehemet Ali, que en breve debía ser el objeto predilecto de su amor y de su orgullo, tomó á su cargo la empresa, hizo prisionero al valeroso pero incapaz Abdallah, jefe de los enemigos, y dándole muerte restableció la tranquilidad. Asimismo destruyó Mehemet los Estados de Dongola, Berber, Chardi, Alfai, Curdofan y el reino de Senaar, donde la dinastia de los Fungos había durado desde el año de 890 de la égira (1484), habiendo producido veinte y nueve reyes.

Alejandro y Constantinopla festejaron al joven «bajá de las ciudades santas;» pero no fué este triunfo de la Puerta, sino de Mehemet Ali. Este, dominado por la manía de invadir nuevos países; pero sin saber organizar las invasiones, tiranizó la Arabia, tanto que esta adquisicion llegó á serle perjudicial; y Tuson, enviado á la Nubia para agregarla al Egipto, fué muerto y vengado con mas de treinta mil vidas.

Entretanto Mehemet, déspota, astuto, innovador egoísta, pero de inteligencia superior, aprendió á leer y las artes de los Cristianos, y aspirando á relajar los vínculos que lo unian con la Puerta, se dedicó á gobernar y á organizar el país como si fuera suyo; por lo cual era opinion universal que no esperaba mas que una ocasion para proclamar aquella independencia de que ya hacía uso.

Tambien en los demas puntos de Turquía retoñaban las sublevaciones; porque bajo el mando de los tiranos no se reclama, sino que se conspira. Frecuentes incendios anunciaban el descontento, y la Puerta se veía obligada á conceder á la rebelion vencedora lo que había negado á la fidelidad suplicante.

Si la Turquía decae, no podrá ya impedir que se regenere la estirpe heleno-eslava, *pueblo dos veces vencido*, que sin embargo jamas transigió con la tiranía, ni perdió la esperanza aun en los momentos mas críticos. Ocupa esta raza la península del Mediodía de los Alpes Orientales, en la cual la Puerta había instituido cuatro bajalatos; el de Salónica, antigua Macedonia; el de Janina, que es la Albania Arnáuta;

el de Livadia, que es la Elade propia antigua, y el de Trípoli, que comprende la Morea, es decir, el antiguo Peloponeso; además de las islas de Candia, Negroponto, Cicladas y Sporadas, sometidas al mando directo del capitan bajá. Fueron conquistados estos países por los Turcos poco despues de la toma de Constantinopla; pero no perece un pueblo mientras se conservan en él los elementos de la nacionalidad. Una misma religion unia á los Griegos contra las hordas mahometanas; los animaba una misma esperanza; hablaban una misma lengua, y en ella repetian las canciones nacionales, continua protesta contra el yugo.

La capitulacion de Mahomet II respetaba la Iglesia Griega, en la cual se continuaba eligiendo canónicamente las dignidades, que mediante cierto estipendio eran aprobadas por el *berat* del gran señor. El patriarca ecuménico de Constantinopla presidia el santo sínodo permanente, compuesto de diez ó doce obispos de las ciudades mas inmediatas. Á él se recurría en apelacion de las sentencias de los obispos, y él nombraba las dignidades y repartía los impuestos. Además de proteger á los Griegos cerca de la Puerta, sentenciaba en los casos criminales eclesiásticos y en los pleitos entre Griegos y Armenios, y tenia facultad para condenar á prision y galeras sin que el soberano pudiese anular la sentencia ni indultar al reo, á no ser que este abrazase el islamismo.

Los Turcos, por su ignorancia, desde el primer momento de la conquista habían tenido que valerse de los Griegos para la administracion, y algunas familias privilegiadas del barrio de Constantinopla llamado el Fanal dirigian la diplomacia y la hacienda (*funaliotas*): gente apegada por interes á los dominadores, pero que podía tambien, favoreciendo á sus hermanos, descubrir los secretos y enervar las fuerzas del imperio. Cuando fueron sometidas las llanuras de Tesalia, la mayor y mejor parte de la nacion se refugió en los montes, conservando las costumbres que da la resistencia, y gobernándose por prácticas consuetudinarias; y desde el Olimpo, desde el Pelion, desde las rocas del Pindo y de los Agrafas se precipitaban sobre los Turcos y sobre los Griegos sometidos, á quienes despojaban de sus riquezas. De aquí les vino el nombre de *cleftas*. Los Turcos, cansados de combatir contra gente pobre é indomable, les dejaron vivir con sus propias leyes, y les permitieron llevar armas pagando un leve tributo; pero los que habitaban las cumbres mas altas de la montaña, se negaron á toda transaccion.

El *clefta* desde su primera edad se acostumbra á las privaciones, á los trabajos, á los peligros, dispuesto siempre á arrostrar la muerte, lo mismo por robar que por defender su tierra ó por no renegar de su religion, é insultando en su hora postrera la refinada crueldad de los musulmanes. Contento con poco, no reputando oprobio el latrocinio, guarda armado sus reba-